

Anécdotas antiguas de Mairena (II)

José Prenda Sánchez

C/ Juan María Coca, 43
Mairena del Alcor - 41510
Sevilla

Versión 1 (5/1/24)



Moviendo la parva

LA CARPINTERÍA DE MANUEL PÉREZ

En invierno, cuando hacía frío, los carpinteros hacían una candela con viruta dentro de una palangana para calentarse las manos de vez en cuando. Cuando terminaba la jornada, metían la palangana debajo de una mesa camilla y allí echaban un rato sentados, bebiendo vino. En la carpintería había un gato que se acurrucaba debajo de la camilla al calor de la candela. Un día, uno de los que estaban sentados en la mesa camilla agarró al gato por el rabo y le dio un tirón. El gato, asustado, se enganchó a la pierna de Cristo, que era uno de los carpinteros al que apodaban "Patablanca" o algo parecido, porque era muy blanco y no tenía ni un vello. En ese momento el que tenía cogido al gato por el rabo le tiró más fuerte y el gato se agarró con las uñas más aún a la pierna de "Patablanca" de manera que le hizo tres o cuatro arañazos por los que manaba abundante sangre.

Cristo se puso de pie, casi llorando de dolor, vociferando contra el gato. Otro de los carpinteros, con muy mala sangre, le dijo:

- No te apures, eso te lo curo yo con el "ungüento *caguncio*", y ya verás.

Se fue al corral, encendió una candela, y dio de vientre en una lata vacía. A la plasta le añadió un pegote de cola de la que se usaba en la carpintería para pegar la madera. Calentó el mejunje en la candela y lo removió con un palo hasta que aquello se hizo una pasta homogénea. Una vez enfriada un poco, aplicaron la mezcla "*caguncia*" en la pierna herida. Cuando semejante pasta se secó, además de ponerse más tiesa que la suela de un zapato, imagina como apestaría. Cuentan que intentaron lavárselo, pero que no se le podía quitar de lo duro que estaba. Al final, parece que lo pudieron limpiar con aguarrás.



Carpintería de Manuel Pérez. En el centro, sentado con un perro, Manuel Alba Pérez, "Abercrín"

EL GUARDAGUJAS

¿Te acuerdas del “*Guardabuja*”? - dice Francisco-. Se llamaba Torcuato Aguilera. Hay que ver la fuerza que tenía aquel hombre. Tirando de una palanca, cambiaba los raíles para que el tren pasara de una vía a otra y no chocara con el que pudiera venir de frente. Y, además, hacía de cosario, repartía lo que traía el tren. Hasta los paquetes de correo.

Tenía un carrillo de mano de madera, con la rueda de hierro. Lo cargaba todo lo que podía y lo que no cabía en el carro se lo echaba a las espaldas ¡No sé cómo podía subir la cuesta de la estación con los baches que tenía con aquel carrillo tan cargado! Un día lo vi subiendo la cuesta y, entre el carrillo y sus espaldas, acarrea por lo menos diez o doce sillas. Cuando llegaba a la Fuente Gorda, entraba en la taberna de “Babucha” y se hincaba cinco o seis penaltis¹ de vino.

Como no lo habían visto nunca borracho, un grupo de guasones trató de emborracharlo para divertirse. Lo llevaron a la taberna de “Babucha” donde dicen que se bebió ocho o diez penaltis. Siguiendo con la broma y viendo que ni se tambaleaba, decidieron llevarlo a la dulcería del Ché para hartarlo de pasteles. Allí se comió media docena de dulces. Mientras, los bromistas se miraban unos a otros sin dar crédito a lo que estaban viendo. Entonces dicen que dijo Aguilera:

- ¡Ahora es cuando estoy bueno para beber vino!

Viendo que no se tumbaba, lo volvieron a llevar a la taberna de “Babucha” y uno de aquellos guasones le puso en un vaso de vino un paquete de “polvos de lapa²” que previamente había comprado en la botica. Entonces fue cuando el buen hombre se cagó en los pantalones.



Puerta de la Taberna de Babucha

¹ Vaso de vino de un cuarto de litro, más o menos.

² Polvos de Jalapa: Purgante energético.

LA TABERNA DE PAREJA

¿Y Pareja el tabernero? - continúa Francisco- también tenía sus cosas. Cómo lavaba los vasos en aquella calderita. Cogía el vaso con dos dedos por el culo, mojaba la boca en el agua, con el pulgar doblado, - que lo tenía negro del tabaco-. Le daba dos o tres refriegas al borde, volviéndolo a enjuagar de la misma manera, cogiendo el vaso por el culo, moviéndolo un poco en el agua, y pare usted de contar.

Compraba diariamente el periódico, pero para él. El único que a veces lo leía era Manuel “del Inglés”, que paraba allí cuando iba cobrando las letras del banco. Si “el Inglés” no podía leer el periódico porque lo tenía Pareja, se iba a la zapatería de “Juanito el Cojo”, en la puerta de más abajo, a echar un ratito de tertulia. El que repartía los periódicos era Cabello. Mientras los repartía, prestaba uno a Juanito para que lo leyera de balde, de lo que se aprovechaba “el Inglés”.

La madre de Cabello –dice Juan, que llevaba un rato sin hablar- era la Antoñita, que por las mañanas rifaba un paño de tela, o lo que podía, entre las mujeres que iban a la plaza, en la puerta del Molino de la Fuente Gorda. En la puerta de Teófilo se ponía la Fabiana. Cada una se ayudaba como podía.

Francisco, sin dejar hablar a Juan, continúa con su monólogo.

Había un tercio que iba casi todos los días a tomarse unas copitas de manzanilla a la taberna de Pareja. Decían que estaba muy buena porque el barrilito cuando lo vaciaba y antes de llenarlo de nuevo, lo preparaba muy bien dándole pajuela. La manzanilla se la traían de Sanlúcar. Cuando terminaba de verter la garrafa en el barrilito la colocaba entre dos sillas sobre un cubo de porcelana para que escurriera aún más y así aprovechar hasta la última gota.



La primera puerta por la derecha era la taberna de Pareja

De tapa ponía normalmente sardinitas en conserva. Esas sí las cogía muy bien. Con una pinza ponía cada sardinita en un platito de cerámica ovalado y le pinchaba un palillo de dientes. A veces le llevaba su mujer pescado frito. Casi siempre redondelitas de pescadilla. Fernando, el hijo del “Titi Pelaó”, el de la calle Trianilla que tenía la barbería en una accesoria en la calle Ancha, cerca del Cantillo Lanero, cuando a mediodía volvía a su casa, le gustaba pararse *ancá* Pareja a beberse su vasito de vino. Un día le puso de tapa una de aquellas pescadillitas pinchada en el palillo. Cogió Fernando la pescadillita por el palillo y empezó a soplarle. Al verlo Pareja, le dijo:

- No le soples, que no te vas a quemar.

A lo que Fernando contestó:

- Noooo hombre, si es “*pa*” quitarle el polvo.

FORZUDO

Había un hombre que vivía en Benajete, le decían Manuel “el de la Carreta,” que no era el de la taberna de la esquina de la calle de los Quinqueles. Aquel hombre tenía una fuerza tremenda. Me contaron que por la calle Benajete abajo, refiere Juan, iba un carro con el mulo desbocado. La gente, chillando, se quitaba de en medio despavorida. Al ver venir el carro, Manuel, sin pensarlo dos veces, agarró al mulo por la jáquima. Y aunque lo arrastró un poco, logró pararlo.

Manuel sirvió en caballería; como era más bien bruto, los soldados se metían con él. Y él les decía:

- ¡No meterse conmigo..., que a mí me entra una cosa...!

Cuentan que un día dando de beber a los caballos en un pilar muy largo, otro soldado que se las daba de matón, le arrojaba de vez en cuando agua con la mano y le decía:

- ¡Andaluz! ¿Cuándo te va a entrar esa cosa que tú dices que te entra?

No pudiendo Manuel aguantar más, dicen que le dijo:

- ¡Ya me entró!

Agarró al soldado con una mano por el pantalón y con la otra por el cuello de la camisa y, boca abajo, con toda su fuerza, le daba zambullidas, una tras otra gritándole:

- ¡Ya me entró...! ¡Ya me entró...!

Tras varias ahogadillas, lanzó al soldado a lo largo del pilón, saliendo disparado por la otra punta como si fuera una barquilla de las que venían a la feria.

LOS GATOS DE ALCONCHEL

Después de una risotada, le dice Juan a Francisco:

¿Y del tercio que acabó con los gatos de Alconchel y del Camino El Viso, no me dices nada? En aquel grupo estaban Pepito del Cementerio³, Vallejo, “Abercrín⁴”, Juanito Silva⁵

³ José Jiménez Rojas.

⁴ Manuel Alba Pérez.

⁵ Juan Navarro Silva.

y alguno más. De vez en cuando hacían un guiso en el molino de aceite de Alconchel que, aunque era de los hermanos Hernández, lo llevaba en arrendamiento Vallejo. No sé si “Abercrín” era socio también. Antes, había lo había tenido arrendado Juanito “el de la Sonita”. El maestro era el Tiquitín⁶, que trabajaba con él en las labores del campo.

Cuando el tercio conseguía una liebre o algún conejo, se lo comían en el molino. Aunque la mayoría de las veces lo que guisaban era un gato suministrado por Rafael Cabrera "el Lagañoso", que era nieto de Cabrera "el de los Arbitrios", hermano de Vicenta "La Ruta". ¡Hermosa mujer! - dice Francisco. Y creo que también hermano de Gonzalo Cabrera - continúa Juan- que ya mayor casó con la Carmen, la de la María “del Chato”. A Rafael le daban dos reales o una peseta por cada gato. Al final en Alconchel y el camino El Viso no quedó ni un solo gato.

Un día, cuentan, invitaron a uno de estos guisos de “conejo” a uno - no recuerdo quién- un poco escrupuloso. El guiso, dicen, desprendía un olor que trasminaba. Después de harto, el escrupuloso exclamó que ¡el conejo estaba buenísimo! Dicho esto, se presentó Pepito el del Cementerio con el pellejo de un gato cogido por las patitas y dicen que dijo: -lo que te has comido es lo que estaba dentro de este pellejo. El melindroso dio una arcada que por poco no está vomitando todavía.



Juanito “el de la Sonita”, segundo por la izquierda.

⁶ Antonio Sánchez Madroñal.



José Jiménez Rojas, Pepito “el del cementerio”, primero por la derecha

EL ALIJO DE TABACO

Vallejo y “Abercrín”, después del molino de Alconchel, siguieron de socios en Cañahonda donde, además de moler aceitunas, se dedicaron al tráfico ilegal de tabaco. Al parecer, alguien dio un chivatazo y los guardias civiles encontraron un alijo de tabaco del Cubanito⁷ escondido en el pozo de la hacienda. De momento, a pesar de estar muy bien relacionado, toda la culpa recayó sobre “Abercrín”. Cuando le dijeron que lo iban a meter en la cárcel, se buscó un abogado que le avisó que el caso iba a ser muy difícil, porque tenían la prueba del delito: el tabaco.

- Pues tiene usted que hacer lo que sea, porque yo no entro en la cárcel, dijo “Abercrín”.
- Puede haber una posibilidad, pero cuesta dinero - contestó el abogado - que no es otra que te hagas el loco.

“Abercrín” accedió a la propuesta del abogado y acordaron como se tenía que comportar durante el juicio. Además, se impuso la condición de que el abogado no cobraría hasta que se celebrara la causa y solo si “Abercrín” salía libre.

Llegó el día del juicio y el juez preguntó a “Abercrín”:

- ¿Es cierto que su nombre es Manuel Alba Pérez y que tenía un alijo de tabaco escondido en el pozo de una finca llamada Cañahonda?

A lo que “Abercrín”, con la mirada perdida, respondió:

- ... ¡pichiclú!...

Se produjo un murmullo en la sala y el juez, tocando la campanilla, mandó silencio. Volvió el juez a preguntar lo mismo.

⁷ Marca de picadura de tabaco, popular en los años 40.

- ¿Es cierto que su nombre es Manuel Alba Pérez y que tenía escondido un alijo de tabaco en un pozo de una finca llamada Cañahonda?

“Abercrín”, en pie, muy serio y con la cara vuelta, respondió de nuevo:

- ... ¡pichiclú!...

Cuanto más veces repetía el juez la pregunta, más se reía la gente con la respuesta de “Abercrín”. Tanto que el juez puesto en pie, presa de un ataque de nervios, conminó a la policía:

- ¡llévense a este hombre, por favor, por lo menos al manicomio, porque está loco!...

Al salir “Abercrín” del juzgado le aguardaba en la puerta el abogado muy risueño, frotándose las manos, esperando que “Abercrín” le pagara. Al llegar a él le dice:

- Don Manuel, ¡que hemos ganado! Así que la minuta es tanto.

“Abercrín” moviendo la cabeza de un lado para otro, con la vista perdida y cara de loco, contestó:

- ¡pichiclú!...

Después de unas carcajadas, dice Francisco:

- Yo no creo que se librara de la cárcel por hacerse el loco, sino por ser amigo del gobernador. Figúrate si sería amigo que después de lo del tabaco fue nombrado jefe de los municipales en Badolatosa.

Hay que ver lo que es la vida, acabó de municipal habiendo sido rico. Se asoció con su cuñado “Manuel el del Motor” que junto a su hermano Ricardo, se habían venido del molino de harina de Marchenilla y montaron otro en Mairena. Manuel era muy buena persona. Toda esa gente eran buenas personas. Todavía en Marchena hablan bien de su tío Luis “el del Motor”. Ayudó a su cuñado, el “Rubito del Motor” y a su cuñado “Horniga”. Y a su cuñado “Abercrín” para que se quedara con el motor de la Callejuela, que era de José “el Grande”. Pues más ayudó aún, - dice Francisco- cuando montaron la fábrica de harinas de la carretera creando una sociedad con Juan “Pilili” y su cuñado “Abercrín”.

A la fábrica le pusieron de nombre “Alba, Mauri y Ortega. Sociedad Regular Colectiva”. Aquello no salió bien y al poco tiempo tuvieron que venderla a la Asociación Sevillana de Panadería (ASPA), de donde le viene el nombre que se le quedó. Manuel se fue a Los Palacios, Juan creó su propia fábrica y “Abercrín” montó una panadería por La Barriada. También se hizo Manuel la conocida como “casa del pueblo”, en la calle Ancha, que se la construyó “El Pequeño”.

DEUDA

Y continúa Juan:

Un día, dicen, se presentó Agustín Ferreras⁸ en casa de “Abercrín” para pedirle un dinero que éste le debía. Llamó Ferreras a la puerta, “Abercrín”, en el corral, en el otro extremo de la casa, al verlo en la entrada le dijo: “¡buenas, amigo Agustín! Bienvenido sea a esta

⁸ Agustín Sánchez Ferreras.

su casa, no siendo por dinero, ni cosa que se le parezca”. Con la misma, dio Ferreras media vuelta y se fue. Qué iba a hacer.

Esta deuda vendría de cuando Ferreras tenía la taberna. La taberna había sido antes de su hermano "Caracarnero" que se fue a vivir a Alcalá. También tenía otro hermano al que llamaban "El Buchón", soltero, muy inteligente y bohemio. Y otro, Pepe Luis, que también era soltero. Y una hembra, Anita Calixto, y no sé si había más.

En la taberna tenía Ferreras un cliente al que gustaba poco pagar, -era "Currillito"- . Un día llegó éste a la taberna, se acercó al mostrador y pidió un vaso de vino. Agustín atendía a los demás y no le echaba cuenta.

- Agustín échame un vaso de vino, hombre...
- Mientras no me pagues no hay más vino, - le contestó Ferreras-
- Que sí, hombre, que hoy te voy a pagar, - le dijo "Currillito" -

Cuando se hubo bebido tres o cuatro vasos de vino le dijo:

- Agustín, la cuenta y englobámelo todo

Cogió Ferreras la tiza y ajustó la cuenta en el mostrador. Cuando le dijo lo que era, le contestó "Currillito":

- Muy bien hablado, ¿lo has englobado todo?
- ¡Claro, hombre!, le respondió Ferreras.
- Pues ahora córtale el hilito y échalo a volar.

Se dio media vuelta y dejó a Ferreras con dos palmos de narices.



Agustín Ferreras saliendo de su taberna con unas consumiciones

DESVARÍOS

¿Y qué me dices del muerto, que velándolo dio un ronquido? Ese fue el Cancán. Cuentan que algunas de las que estaban allí cumpliendo, salieron despavoridas.

Otro que tenía castañas era el Calceta, al que también le decían “el Papa”. Una vez dicen que estaba matando una borrega y mientras le cortaba el pescuezo, el animal pataleó dando un balido, a lo que respondió “el Calceta”: “¡carajó, eres algo *licailla*⁹!”

¿Y al que le decían “el del banquetazo” quién era? - pregunta Juan - Yo no me acuerdo bien, me parece que vivía por la calle San Agustín.

Eso fue en una hacienda de olivar, cogiendo aceitunas. Un día salió discutiendo con otro en la casilla. Parece que el tono subió más de la cuenta. Cuentan que se levantó del banco donde estaba sentado y se lo lanzó al otro, dándole en la cabeza y gritándole: ¡ganás me daban de “*jacerte acina*¹⁰”! ¡Y le había partido la cabeza!

Y menos mal que solo le entraban ganas - dice Juan -

¿Y del “loco de la Serrana”? ¿Te acuerdas del “loco de la Serrana”? - Dice Francisco. - Hay que ver el miedo que nos daba a los chiquillos cuando nos lo encontrábamos. De vez en cuando pedía por las casas, pero nunca se metió con nadie. De él cuentan que algunas noches se acostaba en el cementerio.

Un día, ya oscurecido, tuvo que ir Pepito por un útil a un cuartito al fondo del cementerio donde se guardaban lápidas viejas, cruces y herramientas. Al pasar por delante de un nicho vacío vio como asomaban unos pies que se movían. Dicen que Pepito salió como una exhalación para su casa. Era el “loco de la Serrana” allí metido.

LA NOVILLADA DE EL VISO

Después de nuevas risotadas dice Francisco:

Pues... ¿Y cuando fueron a torear a El Viso, el “Yoni”, el “Polo” y “Jeromo”? La que liaron. Por poco casi los matan, sobre todo al “Polo”, que mientras el becerro se paseaba por la plaza, por muchos empujones que le daban, no había quien lo hiciera salir del burladero. Y todo el mundo chiflando y gritando.

Me contaron que al día siguiente iba para la vega, no sé si a Cuatrocasas o a Berenjenilla, y daba un rodeo por El Viso. Allí, bajando la cuesta de la estación, un hombre que iba en un carro, al verlo andando, le preguntó si se quería subir. Nada más subirse al carro, le dice el visueño:

- Niño, ¿viste ayer la novillada? El “Polo”, callado. Hay que ver la que liaron los maireneros, sobre todo uno al que le dicen el “Polo.” ¡Valiente tío con menos vergüenza! No hubo quien fuera capaz de sacarlo del burladero. El “Polo”, callado.

Llegados al punto en que éste se tenía que desviar del camino del carrero, saltó del carro y antes de salir corriendo, gritó al carrero:

- ¡Maestro... el “Polo” soy yo...!

⁹ Delicada.

¹⁰ Hacerte así.



Novillada en una plaza portátil

EL "TITO MARUSO" Y SU GENTE

Y del "Tito Maruso", ¿qué me dices? ¡Cuánta hambre arrastraba! Donde quiera que iba llevaba los perros con él, sobre todo una collera de galgos.



Busto del gitano Maruso realizado por Antonio Gavira.

- Eso era por si le salía una liebre por el camino –dice Francisco-

Era muy pobre y muy popular. Mira si lo era, que Antonio Gavira, el hijo de Ciriaco el Artista, siendo casi un niño moldeó en barro un busto del “Tito Maruso” que le salió clavado.

Una vez dicen que estaba su hermana, la Manuela “la Gitana”, con toda la plebe cogiendo aceitunas, no sé si en Santa Rita o en Tarazona. Lo que sí sé es que se presentó el “Tito” por la mañana en la casilla mientras su hermana freía coscorriones. Los demás estaban acostados, porque esa mañana había amanecido lloviendo y no se podían coger las aceitunas. Manuela sacaba los coscorriones del perol pinchándolos con una varita de olivo y los echaba en una espuerta que tenía al lado. Su hermano, detrás de ella. Cuando acabó de freír por lo menos un kilo de pan, miró la espuerta y vió que estaba vacía. Todos los coscorriones se los había ido comiendo el “Tito”. En pie su hermana, hecha una fiera, gritaba a su hermano:

- ¡Ladrón! ¡A eso has *veníó!*

Aquellos gitanos casi todos tenían perro. Ricardo “Margaché”, padre de la Jeroma, la Manuela, el “Torta” y el “Nano”, - no recuerdo si había alguno más- tenía un galgo que también comía poco el pobrecillo. Mira si pasaría hambre que le temían más que a una vara verde, porque entraba en las casas, se iba derecho a la cocina y se comía todo lo que hubiera allí. Incluso destapaba las ollas. Y si no encontraba nada, se comía las torcías de las candilejas.

La historia del “Nano” también tiene guasa –dice Juan-. El “Nano” estuvo casi siempre alrededor de Angelito el Salamanquino¹¹. Era quien le domaba los mulos, que dicen que lo hacía muy bien. Cuando quemaron a los santos, el “Nano” no tuvo mejor idea que montarse en la imagen de una Pollina que había, no sé si en la iglesia o en el Cristo. Lo cierto es que fue suficiente para que se lo llevaran al barco. Y ya no se supo más de él.

Su mama, llorando, cuentan que decía:

- ¡ay, mi “Nano”! ¡con todos los mulos que ha montado y se lo han llevado por subirse en una pollina!

EL QUINCALLERO

¿Recuerdas al quincallero que venía vendiendo velones? –dice Francisco-. Me parece que era de Lucena, de Córdoba. Se pasaba varios días vendiendo por las calles de Mairena, velones, quinqués, almireces con la *machacaera* de bronce y muchas más baratijas.

No sé cómo se desplazaba de un pueblo a otro, porque en esa época los medios de transporte eran muy malos. Lo que sí sé es que había gente que decía que tenía mal fario, porque cada vez que venía alguien se moría. Decían ¡Ojú! ¡Ya está aquí el velonero!

Se parecía al “Guardagujas”, porque llevaba mucha quincalla colgada a las espaldas. ¡Cómo pregonaba mientras caminaba, acompañado del tintineo del artilugio de metal que hacía sonar con el braceo de la mano!

Cierto que era un artista.

¹¹ Ángel Rodríguez Hernández.

RETAMAR

¿Recuerdas a un hombre que estuvo viviendo en la calle Arrabal apellidado Retamar? –le dice Juan a Francisco.

- Sí, ¿por qué?

Aquel hombre, a pesar de tener muy mal genio, no tenía malaje¹². Una noche de tertulia, sentado en la puerta del Tánger, había entre ellos un hombre alto y muy delgado, la cabeza cubierta con una boina. En un momento dado, este hombre se marchó, subiendo por la calle Arrabal. Cuando iba a la altura de la botica se tiró un pedo que retumbó. Y Retamar que iba detrás, exclamó:

- ¡Y no pee *ná* el seco este, que parece que va la boina en lo alto de un bastón!

LA LIEBRE Y EL CARTUCHO

Y la vez que encargó Manuel “el del Inglés” una liebre a Ojito a cambio de cartuchos, que, además de vender por la calle los helados del Ché, era cazador. “El Inglés”, entre otras muchas tareas, se dedicaba a recargar cartuchos. Llegó el día que Ojito entregó la liebre. Cuando “el Inglés” la abrió para desollarla, la liebre estaba preñada. A los pocos días se presentó Ojito a recoger los cartuchos del intercambio. Con ellos va de cacería y, emocionado, una perdiz se le pone a tiro. Dispara y... la escopeta hace... ¡pim...! cayéndole los plomos en las botas. “El Inglés” en venganza por la liebre preñada no había puesto pólvora a los cartuchos, solamente el mixto.

“MIJITA”

Pues escucha, –dice Francisco-, lo que me pasó un día que había quedado con Fulano en vernos en un entierro para después hacer un encargo que teníamos previsto. A mí no me gusta ir en los entierros detrás del muerto. Me voy antes al cementerio y allí espero para dar el pésame. Aquel día, cuando llego, ya había algunos esperando. Unos por la puerta y otros dentro del cementerio. Pregunto al “Mijita” el sepulturero –que tiene las mismas cosas que tenía su padre-:

- José Antonio, ¿sabes si ha venido fulano?

Y me contesta, con una sonrisita malvada...

- Yo no sé si ha venido, lo que sí sé es que venir, tiene que venir...

¡La madre que lo parió!

- Hay que ver la de cosas que hemos vivido.

¹² Mal ángel.